

de estrangularle; pero antes de que hubiese logrado por completo su intento fué muerto por algunos oficiales.

El grito de guerra del jefe, que era la señal convenida para el ataque, originó una gran confusión, pues todos los floridanos que se hallaban en el campamento cayeron sobre los españoles, esgrimiendo teas encendidas, pedazos de madera, piedras y cuantos objetos habían podido procurarse. Mataron muchos españoles, y es posible que hubiesen logrado completamente su intento á no hallarse encadenados, lo cual les entorpecía sus movimientos. El esfuerzo común de los blancos consiguió al fin, después de larga lucha, dominar la revuelta y vencer á sus contrarios, quedando más de nuevecientos muertos sobre el campo de batalla.

Soto, á consecuencia del golpe recibido, estuvo mucho tiempo sin volver en sí; la sangre brotaba en abundancia de su boca y nariz, había perdido varios dientes, y tenía la boca tan magullada que por espacio de veinte días sólo pudo alimentarse con líquidos.

Los españoles permanecieron aún algún tiempo en Vitachuko para dar lugar á que se cicatrizasen por completo sus heridas; luego emprendieron la marcha, atravesando un gran río, probablemente el actual Suwanee River, que constituye la divisoria entre Vitachuko y Ossachile. De las descripciones que se conservan acerca de la expedición de Soto se deduce que los habitantes de aquellas comarcas meridionales eran parientes ó descendían de aquellos *mound-builders* que hemos descrito en el tomo primero, pues tenían, como ellos, la costumbre de construir sus chozas sobre espaciosas eminencias artificiales.

Indudablemente que las muchas inundaciones, y la gran humedad consecuencia de éstas, fueron las que determinaron á los primitivos habitantes á adoptar tal costumbre. Dichas eminencias tenían una elevación de seis á diez metros, y sostenían sobre su llana superficie de diez á veinte chozas de madera, caña y ramas de palmera, las cuales servían de residencia al cacique, su familia y servidumbre. Al pie de la eminencia había un espacio cuadrangular, rodeado de estacas clavadas en el suelo, formando una especie de valla. Alrededor de este espacio, que era el destinado á la celebración de reuniones públicas y fiestas, estaban las chozas de los más principales, y éstas á su vez eran rodeadas por las de la plebe. A la vivienda del cacique conducía una calle de ocho metros de ancho, que tenía á ambos lados gruesos postes clavados y terminaba al pie de la eminencia en una escalera de travesaños colocados á bastante distancia unos de otros. Como la terraza era sólo accesible por este lado y estaba cortada perpendicularmente en los demás, podía con facilidad defenderse la altura en tiempo de guerra, pues allí se refugiaban entonces todos los demás habitantes del pueblo.

En regiones situadas á mayor altura, donde no había que temer á las inundaciones, estaban todas las chozas construídas sobre el suelo llano, distinguiéndose solamente de las demás la vivienda del cacique, por estar situada en medio del pueblo y por su mayor tamaño.

Estas ciudades por regla general estaban rodeadas de altas estacas, y era muy estrecha su entrada. Esta á veces formaba una espiral á fin de poder ser defendida más fácilmente si penetraban en ella los enemigos.

Rúbrica de Soto

La guarda de esta entrada encomendábase á esforzados guerreros que tenían su lugar de observación en una pequeña garita provista de tronearas ó aspilleras, y que, según informes de antiguos cronistas, conocían por el olfato la aproximación del enemigo.

Alrededor del pueblo estaban diseminados los campos, que cultivaban con esmero los indígenas. Para remover ó cavar la tierra empleaban unos garfios cuyos extremos estaban formados por anchos huesos de pescado. Lo que les sobraba de la cosecha lo guardaban en pequeños almacenes construídos de piedra y tierra, y sólo en caso de necesidad se echaba mano de tal depósito; en estos almacenes guardaban también gran cantidad de carne curada al humo para el invierno.

Los floridanos no sólo eran buenos agricultores, sino excelentes guerreros y cazadores. Cuando iban á cazar ciervos acostumbraban á ponerse la piel de uno de estos animales, de modo que la cabeza con los cuernos se adaptara perfectamente á la del cazador, que podía con toda comodidad explorar el terreno mirando por los huecos de los ojos de la piel del animal. Ataviado de este modo deslizábase hasta llegar junto á la pieza,



que era cazada entonces con poquísimo trabajo. Gran osadía é intrepidez demostraban también los floridanos en la caza del aligátor, que era una verdadera plaga de aquel país, pues el voraz animal solía salir de noche é internarse en los pueblos para coger á los que se encontraban descuidados. Un cronista del siglo XVI (1) describe una caza de aligátos del modo siguiente:

«Diez ó doce indígenas cogen un árbol largo y van al encuentro del animal, que se dirige á ellos para devorarles, y le meten con gran destreza la parte más estrecha del tronco en las fauces, no pudiendo volver á sacárselo á causa de su desigualdad y de su ruda corteza, tirando de este modo de espaldas al cocodrilo y acribillándole después á flechazos el vientre, que es muy blando. Es tal el peligro que corren los indios con la vecindad de este animal, que tienen que hacer guardia día y noche, como si se tratase de su más temible enemigo.»

Para la caza y para la guerra servíanse principalmente de arcos y flechas bastante largas; la cuerda de los primeros era una correa de piel de ciervo, de dos dedos de ancho; esta correa la ablandaban en agua torciéndola después y sujetándola á la rama de un árbol colgando de ella bastante peso, hasta que se secaba y quedaba tan tirante como una cuerda de guitarra muy templada. Para evitar que, al disparar, la sacudida de la cuerda lastimase el brazo, llevaban un manguito de cuero y plumas que les cubría el brazo izquierdo desde la muñeca hasta casi la sangría (véase el grabado de la página 43).

Los españoles tuvieron ocasión de observar que los indios manejaban sus armas con extraordinaria fuerza y habilidad. Sucedió más de una vez que las flechas de los floridanos traspasaban de parte á parte á los caballos, y tampoco las cotas de malla con sus fuertes coletos de cuero les ofrecían gran resistencia. Un día quisieron someter los españoles una de estas cotas de malla, que había costado 150 ducados, á una prueba, para ver si podían fiarse de ella, y á este fin pusieron la armadura sobre un cesto y mandaron á un floridano que disparase contra ella. El salvaje cerró los puños, se retorció y estiró para reunir sus fuerzas, y disparó una flecha con tal violencia que no sólo traspasó la armadura y el cesto, sino que aún podía haber matado á un hombre. Entonces los españoles pusieron una segunda cota de malla sobre la primera, el indígena volvió á disparar, y la flecha se clavó sobre ambas armaduras, de modo que la punta salía por un lado y el mango por el otro; desde entonces no fiaron gran cosa los españoles en sus cotas de malla y las llamaban lienzo de Brabante. En lugar de éstas hicieron gruesas corazas forradas de fuer-

(1) *Historia antipodum, ó Neue Welt*, de Gottfried, pág. 163.

tes capas de fieltro puestas unas sobre otras para resguardar con ellas el pecho y los flancos de los caballos.

Cuando los españoles abandonaron Ossachile llevaban el propósito de ir al país de Apalache, al que únicamente podían llegar cruzando un pantano de media legua de ancho y cuya extensión se perdía de vista; ambas orillas estaban cubiertas de bosques, casi impenetrables á causa de la maleza y de gran cantidad de raíces. Sólo en un estrecho lugar había un paso que únicamente podía ser atravesado después de librar rudo combate con los indígenas. Entre continuas escaramuzas llegaron por fin á la ciudad de Apalache, rodeada de grandes campos de maíz, y en la cual Soto estableció su cuartel de invierno en la casa del cacique, situada sobre una eminencia.

Provisiones tales como maíz, calabazas, judías y otros frutos había bastantes, y Soto dedicó todo su interés á explorar el país, enviando al efecto una hueste de los suyos á la costa, en la cual hallaron éstos, en la bahía de Apalache, el lugar donde Narváez había mandado construir los cinco botes con los que abandonó La Florida en compañía de una parte de su ejército.

Envió además Soto treinta jinetes á Chirihigua para dar orden á la tripulación de los barcos que se dirigiese hacia Apalache y que durante el trayecto reconociera minuciosamente todas las bahías y puertos del país. Terminado este trabajo, mandó Soto reconocer la costa de los territorios de Occidente colindantes con Apalache, hallando al verificarlo un hermoso puerto, llamado Achusi por los indígenas. Soto mandó á la Habana un informe de los descubrimientos y conquistas hechos hasta entonces, lo cual produjo gran alegría.

En marzo de 1540 dirigióse Soto hacia el Norte, atravesó las florecientes comarcas de Altapaka, Achalaque y Cofaqui, llegando, después de haber atravesado un gran desierto, al reino de Cofaqui, que linda con el actual río de Sabana, donde ejercía el poder soberano una joven y hermosa india.

Cuando Soto y su gente llegaron al mencionado río, en cuya orilla izquierda estaba situada la residencia de la reina, salió ésta, en compañía de ocho de sus más principales damas, en un bote ricamente adornado, al encuentro del general, no sólo para ofrecerle su amistad, sino para poner á su disposición su país y su vivienda. Al mismo tiempo entregó á Soto un collar con tres sartas de valiosas perlas; Soto sacó de su dedo una magnífica sortija adornada con rubíes para dársela como contrapresente, y tan impresionado estaba por la hermosura de la india que hasta se olvidó de preguntarla su nombre. Varias semanas permaneció Soto disfrutando la hospitalidad de la amable soberana, en cuyo país descu-



brieron gran cantidad de perlas, principalmente en los lugares destinados á la conservación de los cadáveres. Estos cadáveres estaban embalsamados y metidos en cajas de madera, y al lado de ellos había pequeños cestos de mimbre llenos de perlas de todas clases. El templo donde se guardaban los restos de los caciques ofrecía un interesante aspecto. Esta construcción, que medía cien pies de largo por cuarenta de ancho, estaba, tanto interior como exteriormente, revestida de conchas. A lo largo de las paredes interiores había bancos, sobre los que estaban colocadas las cajas de los muertos, encima de las cuales se hallaban sujetos los escudos, hechos de mimbre, con la inicial de la persona que allí descansaba. Pero si esta sala encerraba incalculable riqueza en perlas y plumas de colores, la casa de provisión, situada enfrente, poseía grandes cantidades de armas artísticamente trabajadas, y además preciosas y bien curtidas pieles de ciervos, martas, gatos monteses, etc.

Soto permaneció bastante tiempo en la residencia de la hermosa soberana, enviando desde allí una expedición de reconocimiento á las comarcas de Chalaqua y Xualla, situadas en la parte Norte del actual estado de Georgia, que poseían gran riqueza en metales.

Lo que se hallaba en mayor abundancia era cobre, y oro en las arenas del río; para obtener este precioso metal usaban el siguiente procedimiento. Abrían zanjas en el fondo del río, donde se depositaban las arenas arrastradas por la corriente, así como las pepitas de oro de mayor peso, y de este modo podían lavarlo con poco trabajo.

Impulsado por el deseo de hallar comarcas más ricas en este metal, atravesó Soto las de Guachoule, Ichiaha, Cossa, Akoste y Talisse, que se distinguían por su fertilidad, llegando después al territorio del poderoso cacique Taskalusa, el cual recibió con gran pompa á los extranjeros. Este jefe indígena era el tipo más perfecto de un indio norteamericano; una altiva gravedad se veía impresa en los duros rasgos de su fisonomía, y ni el menor ademán demostraba la más mínima curiosidad por conocer á los extranjeros. Era de estatura verdaderamente gigantesca, pues sobrepasaba dos veces la cabeza por encima de todos sus soldados. Esperaba á los españoles en un pueblecillo guardado por cien de sus más valientes guerreros, sentado sobre un sitio ricamente labrado, teniendo junto á sí un floridano que sostenía un estandarte hecho de piel de ciervo, que ostentaba tres rayas azules y era el *totem* ó divisa del jefe. A algunos oficiales que iban delante de Soto para anunciarle no se dignó mirarles siquiera. Sólo cuando se presentó el general levantóse el cacique, yendo á su encuentro para saludarle. Empeñóse Taskalusa en guiar él mismo á los españoles á su capital, y á este fin montáronle sobre un caballo; era tan alto que casi rozaba el suelo con los pies.

Después de larga marcha, llegaron á un lugar llamado Movila ó Mauila, compuesto de 80 sólidas casas, tan grandes algunas de ellas que podían albergar de 600 á 1,000 hombres. La ciudad estaba emplazada sobre una gran llanura á orillas del río Alabama, y rodeada de una valla de bastante elevación, sobre la que había además altas empalizadas. Cada cincuenta pasos se alzaba una torre atrincherada que podía contener ocho hombres. Dos puertas daban acceso á estas fortificaciones, en el centro de las cuales había una gran plaza.

Por varios detalles sospecharon los españoles que se tramaba alguna traición contra ellos, y de las pesquisas practicadas resultó que unos diez mil floridanos, perfectamente armados, estaban reunidos en la fortaleza juntamente con gran número de mujeres jóvenes, las cuales tomaban á menudo activa parte en las batallas.

El combate, por lo tanto, no se hizo esperar mucho tiempo. Durante él retiróse Soto del fuerte con sus gentes, mas no sin haber incendiado antes algunas casas, y desde la llanura mandó atacar la fortaleza. La lucha duró horas enteras, sin que la victoria se declarase en favor de uno ú otro bando, y fué una de las más sangrientas que hayan tenido lugar entre blancos y pieles rojas en el suelo de la actual Unión. Las mujeres indias tomaban también parte muy activa en ella, defendiendo las empalizadas con un valor digno de elogio. Entretanto propagóse el incendio por toda la ciudad, consiguiendo al fin los españoles entrar en ella, y entonces los floridanos buscaron su salvación en la fuga; después de nueve horas de combate pudieron considerarse los españoles dueños de la ciudad, pero tenían que lamentar la muerte de 82 hombres y 47 caballos. Las pérdidas de los indígenas ascendieron según algunos cronistas á 2,500, y según otros á 10,000 muertos (1).

A larga distancia alrededor de la fortaleza veíanse los cadáveres de los fugitivos que habían sucumbido á causa de sus heridas. No pudo saberse si Taskalusa halló la muerte en el combate ó pereció abrasado, ó si, como aseguran algunos, quedó sepultado entre los escombros de una casa que se hundió; lo cierto es que desapareció para siempre.

Las importantes pérdidas sufridas llevaron el mayor desaliento á las tropas, y á esto había que agregar el convencimiento de que el país no poseía oro ni plata ni cosa alguna que les indemnizase de los indecibles peligros y penalidades que originaría lograr la sumisión de los valientes floridanos. Muchos soldados deseaban emprender el regreso y dirigirse al puerto de Achusi, situado á treinta leguas de distancia, y en el cual se

(1) Véase *El valiente español durante la conquista de La Florida*, por Garcilaso de la Vega.



hallaban los barcos; pero Soto, que no estaba dispuesto en modo alguno á desistir de la campaña proyectada, decidió proseguir á marchas forzadas, á fin de alejarse lo más pronto posible de la costa, sin dar tiempo á que aumentase el descontento entre las tropas. Partieron, pues, el 14 de noviembre, llegando, después de cruzar la comarca de Pafallaya, al territorio de los guerreros chikassas, que trataron de impedir á los españoles el paso de un río allende el cual se hallaba su capital; pero Soto logró efectuar el paso de éste, y en diciembre apoderóse de la ciudad, en la que decidió invernar. En enero del siguiente año cayeron una noche los indígenas sobre su ciudad, y la incendiaron valiéndose de antorchas y flechas encendidas. En este ataque nocturno perecieron cuarenta soldados y cincuenta caballos, veinte de estos últimos abrasados. La pérdida de equipajes y provisiones fué también considerable.

Como el pueblo quedase después de esto completamente derruido, los españoles levantaron un campamento en un sitio seguro, situado á una legua de distancia de la que fué capital de los chikassas; en aquel paraje, llamado Chicacilla, permaneció Soto defendiéndose de los ataques de los enemigos hasta fines de marzo; atravesó después, librando continuados combates, el territorio de Alibama, y en mayo del año de 1541, ya en el país de Chiska, llegó á orillas de un caudaloso río, que era tan ancho que de una á otra orilla no podía distinguirse la figura de un hombre que estuviera de pie; su lecho era extraordinariamente profundo, la corriente rápida, y el agua cenagosa y llena de troncos de árboles desarraigados.

Era el Mississippi, más arriba de la embocadura del río de San Francisco; este inmenso torrente, llamado Chukagua (1) por los indígenas, causó á Soto el mayor asombro.

Caminaron río arriba algunas leguas, construyendo después cuatro botes para cruzarle; á pesar de la resistencia enemiga consiguieron su deseo, penetrando luego en los países de Casquin y Capaha.

(1) Hay que advertir que el Mississippi ha cambiado diferentes veces de nombre en el transcurso de los siglos. Pineda, su primer descubridor español, dió el nombre de *Río Grande del Espíritu Santo*; otros españoles le bautizaron con los nombres de *Río Grande*, *Río de la Empalizada* y *Río de la Eulata*. Los franceses llamaronle *Rivière de Saint Louis*; La Salle llamóle, en honor del gran ministro de Luis XIV, *Rivière de Colbert*. Los nombres indígenas son: *Chukagua* (la gran agua); *Mico* (el rey de los ríos); *Namon-Sipon* (el río de los peces); *Okimo-Mitto* (el gran camino de agua); *Meact-Massipi* (el padre de los torrentes); *Mescha-Sibi* (el gran río). Desde su nacimiento hasta la embocadura del Ohio era conocido por los indios con el nombre de *Pehetonat*.

El nombre de Mississippi empezó á usarse con más frecuencia á mediados del siglo XVII, pero escribiéndolo de distinto modo. Merinou, en el año de 1666, escribía *Messippi*; Dablon, en 1671, *Mississippi*; Marquette, en 1673, *Mississippy*; Hennépin, en 1680, *Meschonipi*; Coxe, en 1698, *Micissip*, y Charlevoix *Mechaseba*.

En unión de los habitantes del primero tomaron parte Soto y su gente en una sangrienta batalla de destrucción contra los del segundo, conquistando y destruyendo su fortificada ciudad. Persiguieron á los fugitivos, que se habían atrincherado en una isla situada en el Mississippi, y bajaron el río con sus aliados en ochenta canoas sin haber podido hacer nada contra sus valientes enemigos, que defendieron su último baluarte con el valor de la desesperación.

Durante esta campaña observaron los españoles que los indios tenían la costumbre de arrancar la cabellera, juntamente con la piel, á sus enemigos muertos en combate, poniéndola después á secar al fuego, y una vez seca la colgaban en largas estacas delante de las puertas de sus viviendas. A sus prisioneros cortábanles los tendones de las piernas para impedir que huyesen.

Confusas noticias sobre la aparición de un brillante metal dorado en las montañas situadas á cuarenta leguas de distancia de Capaha, determinaron á Soto á enviar algunos españoles en busca del supuesto oro; pero pronto se vió que era una variedad de cobre muy claro. Desde Capaha dirigióse el ejército por las comarcas de Quiguate, Coligua ó Colima y Tula, países cuya situación no puede precisarse exactamente. Los habitantes de este último eran de una fealdad espantosa, pues tenían la costumbre de dar á su cabeza una forma puntiaguda y desfigurarse además el rostro por medio de piedras cortantes, con las cuales se hacían incisiones en la piel, sobre todo alrededor de los labios, rellenando las heridas con pintura negra.

En el pueblo de los Tulas, situado sobre una lengua de tierra, hallaron carne seca y cuero curtido de búfalo, el bisonte americano, que fué tomado por vacas por los españoles. Sus velludas pieles las aprovechaban como mantas, y sus grandes é informes cabezas veíanse á veces como trofeos de caza sobre las puertas de las chozas.

Después de varias correrías que, según parece, les condujeron muy hacia Occidente, invernarón los españoles en el país de Utianque, donde permanecieron hasta principios de abril de 1542, dirigiéndose después hacia el Mississippi por Naquetex, Guakan y Anilko. Todos estaban can-



Escultura tolteca de piedra (existente en el Museo Etnográfico de Stokolmo)